

tribunicias, ejemplar de democracias, palacio de las artes: allí está Génova, emporio del comercio, opulentísima entre todas las naciones. Cuando todo es nebuloso en Europa todavía, todo es ya espléndido en Italia: allí florecen consumados políticos, grandes poetas, profundos historiadores; mientras que la Europa bárbara y la feudal desconocen de todo punto los altos arcanos de la política, los misterios sublimes de la poesía, la belleza ideal de las artes, las magnificencias de la historia, Constantinopla cae al ímpetu de los turcos, y Roma recibe en su seno la civilización del Oriente: Roma da la señal de la universal transformación; y todo se transforma, y todo se renueva en el mundo.

Tales son la raza nobilísima de los italianos, y la potentísima de los españoles. Las naciones pueden oprimirlas, pero no pueden olvidarlas. Y véase por qué las naciones tienen siempre puestos sus ojos instintivamente en la raza italiana y en la raza española.

Una y otra son grandes por sus infortunios, como han sido grandes por sus glorias. Dad unidad á Italia, y la Italia volverá á ser lo que fué ya, la primera de las naciones¹. Dad unidad á España, extinguid las discordias que enloquecen á sus hijos, y España volverá á ser lo que fué en la guerra de la Independencia, lo que fué en tiempo de los Reyes Católicos, lo que fué en tiempo de Carlos I, lo que fué en tiempo de Felipe II. Dad unidad á España, y tremolarán en Lisboa los pendones de Castilla, y se derramarán por el mar, de ella conocido, las naves castellanas; y ceñiremos con nuestros brazos al África, esa hija acariciada del sol, que es esclava del francés, y que debiera ser nuestra esposa.

¹ Unidad ya la tiene, mas unidad ¡ay dolor! — establecida por la revolución impía sobre la iniquidad de las más fragrantés usurpaciones, una de ellas horriblemente sacrilega. De esta unidad falsa, obra é instrumento del averno para destruir al Pontificado romano, abominaba el gran Donoso Cortés. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

§ II

CARÁCTER DE SUS REFORMAS

La historia de la Europa es la historia de la civilización: la historia de la civilización es la historia del cristianismo: la historia del cristianismo es la historia de la Iglesia católica: la historia de la Iglesia católica es la historia del Pontificado: la historia del Pontificado, con todos sus resplandores y todas sus maravillas, es la historia de aquellos hombres enviados por Dios para resolver en su día y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales, en provecho de la humanidad, y en el sentido de sus designios y de su Providencia. Pío IX, el predestinado, el grande, es uno de esos Pontífices santos y de esos hombres augustos, que vienen á dar una solución pacífica á todas las grandes cuestiones que han ido atesorando los siglos, y que han legado á la nuestra todas las edades pasadas.

Esas cuestiones son antiguas: antiquísimos los medios de resolverlas; pero uno es el día destinado á los problemas, y otro el destinado á las soluciones. Aquél ha pasado ya, y éste comienza á despuntar ahora en el horizonte del mundo.

El gran propósito de Pío IX es hacer independiente y libre á la Iglesia, libre é independiente á la Italia: es emancipar, pacíficamente y á un tiempo mismo, la sociedad civil y la sociedad religiosa: es realizar el indisoluble consorcio de la libertad y del orden.

Dos diversas soluciones han tenido hasta ahora esos problemas temerosos: la solución de los Reyes, y la solución de los pueblos. El encargo providencial de Pío IX es ofrecer al mundo la solución de los Pontífices. En el orden de los tiempos debía venir, después de la solución monárquica y de la revolucionaria, la solución católica.

En los dramas antiguos, el pueblo es espectador siempre y no es autor nunca, al revés de lo que sucede en el día, en que el pueblo llena la escena, como el más grande y el primero de todos los actores: consiste esto, en que los antiguos, no teniendo idea de la libertad del hombre, no la tenían tampoco de la dignidad humana: y en que en las modernas Edades, en las Edades católicas, la idea de la libertad humana ha dado origen á la idea de la dignidad del pueblo.

De la negación de toda especie de distinción entre la potestad civil y la religiosa, nació entre los antiguos la confusión absoluta de ambas potestades. Si hay un hecho consignado claramente en la historia, ese hecho es el carácter teocrático de todas las sociedades antiguas. Teocrático fué el gobierno de los hebreos ¹, el de los chinos, el de los habitantes del Japón; teocrático el de los indios, persas y egipcios; teocrático el de los etruscos, galos y germanos; teocrático, en fin, el de los bretones, griegos y romanos.

La teocracia no era un hecho en la sociedad, sino porque era una teoría aceptada por todos los legisladores, y proclamada por todos los filósofos, Licurgo, Dracón, Solón, Rómulo, Numa, Zaleuco y Charondas, cuya fama se ha dilatado por toda la prolongación de los siglos, se sirvieron de la Religión para levantar sobre ella el edificio de sus instituciones. Platón y Aristóteles no concebían la sociedad civil sin que la potestad dominante residiese en la sociedad religiosa.

Ahora bien: donde el soberano es, á un mismo tiempo, Rey y Pontífice; donde la autoridad es, á un mismo tiempo, religiosa y civil, humana y divina; donde hay un apoderado general de Dios y de los hombres, ese apoderado, líamele Rey, dictador, Cónsul, Presidente, es el confiscador por excelencia de todas las libertades, es el tirano de Hobbes; es decir, un hombre absolutamente libre, puesto á la cabeza de un pue-

¹ Pero no fué teocrático por la razón y del modo que lo fué el de los otros pueblos que cita el Marqués de Valdegamas; sino lo fué únicamente por elección y ordenación positiva y adorable del mismo Dios.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

blo absolutamente esclavo; porque si bien se mira, ¿en qué otra cosa consiste la absoluta potestad sino en la libertad absoluta? ¹

De aquí nació, en las sociedades antiguas, el aniquilamiento del individuo, y la deificación del Estado: el primero no era susceptible de derechos, ni el segundo podía estar ligado con deberes: porque, ¿dónde cabe absurdo mayor que suponer deberes en lo que es divino con respecto á lo que es humano, ni derechos en lo que es humano con respecto á lo que es divino?

Platón era el más consecuente de todos los filósofos, cuando, caminando en la suposición de esta teoría, proclamaba al Estado padre de todos los hijos, y señor de todas las propiedades; como quiera que la propiedad particular y la paternidad particular no pueden considerarse en el sistema de los antiguos, sino como dos grandes usurpaciones cometidas por el hombre y por el individuo contra la Divinidad y contra el Estado.

Rousseau ha dicho en su *Contrato social* de las teocracias antiguas: "Esta forma social tiene la ventaja de reunir el culto divino y el amor de las leyes: en las teocracias antiguas, morir por su país era ser mártir; violar las leyes, ser impío; y entregar al culpable á la execración pública, era también entregarle á las iras de los dioses." Rousseau con toda su fraseología democrática, desconoció de todo punto el carácter inviolable y santo de la libertad del hombre: y al escribir estas palabras, no sabía que hacía en ellas el elogio del despotismo.

La deificación de la ley y del Estado fué causa de aquel patriotismo absurdo, obstinado y feroz que excita nuestro asombro en las antiguas repúblicas: ser patriota, en la antigüedad, era servir á una ciudad, y ponerse en guerra con el género humano; era considerar á los extranjeros como enemigos; á los enemigos, como condenados á la servidumbre por los dioses de la patria; era consagrar el principio de la guerra uni-

¹ Hay en todo este párrafo inexactitudes por lo menos de lenguaje, que al lector no le será difícil rectificar.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

versal; dividir en bandos el cielo y la tierra, las divinidades y los hombres.

Bosquejemos ahora el cuadro de las ideas fundamentales y constitutivas de las sociedades modernas, es decir, de las sociedades cristianas.

De la unidad del género humano, enseñada por la revelación al hombre, nace como de suyo la idea de la fraternidad; de ésta, la de la igualdad; de ambas, la de la democracia¹. A la voz de Jesucristo, enseñando á las gentes la unidad de la especie humana, caen derribados por el suelo los muros de las antiguas ciudades, y se levantan esos otros muros de la ciudad de Dios, que van siguiendo todos los confines de la tierra hasta abarcar y ceñir á todas las naciones. Á la voz de Jesucristo, enseñando la fraternidad y la igualdad, la esclavitud desaparece, y todos los habitantes de la ciudad inmensa, de la ciudad santa, se reconocen hermanos, iguales y libres. Esa democracia es tan gigantesca, tan universal, que se extiende hasta los últimos remates del mundo. Los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los venturosos y los tristes, todos son ciudadanos. Supónganse por un momento que esta revelación está aislada, que esa inmensa democracia se halla constituida; pues bien: en esa suposición, toda especie de gobierno es de todo punto imposible, porque fundándose los gobiernos en la noción del mando, por una parte, y por otra, en la noción de la obediencia, esas dos nociones son incompatibles con las de igualdad y fraternidad absolutas: ni se acuda, para vencer esta dificultad, á los contratos sociales: los contratos sociales son contratos absurdos: como quiera que contratar que unos hombres han de mandar y otros han de obedecer, equivale á contratar que han de dejar de ser iguales y hermanos, que han de dejar de ser lo que son, que han de cambiar de naturaleza, que han de destruir con una creación humana

¹ En rigor, no; la fraternidad y la igualdad se hermanan muy bien con la Monarquía, y suelen padecer martirio en los Estados democráticos. Es de advertir que el mismo Donoso explica después satisfactoriamente sus palabras. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

una creación divina, que han de dejar de ser hombres para ser otra cosa; y claro está que un contrato de esa naturaleza no es contrato, sino el suicidio de la especie.

Esa revelación, empero, no nos vino sola y aislada; antes de revelar al hombre la unidad del género humano, es decir, la democracia, le reveló Dios su propia unidad, es decir, la Monarquía: estas dos revelaciones juntas son los elementos constitutivos de las nociones de la obediencia y del mando, de la libertad y del orden, de la fuerza y del límite, del movimiento y de la regla. Si el derecho de mandar y la obligación de obedecer no pueden existir en la especie humana, porque todos los hombres son iguales y hermanos, aquel derecho puede concebirse en el Criador, sin caer en absurdo; y aquel deber puede concebirse en la criatura, sin caer en el delirio; como quiera que entre la criatura y su Criador no hay igualdad ni fraternidad posible.

Y véase por qué, en las sociedades católicas, el hombre obedece siempre á Dios, y nunca obedece al hombre. Si en las sociedades católicas el hijo obedece al padre, consiste esto sólo en que Dios ha querido que el padre le represente en la familia, y en que ha hecho de la paternidad una cosa venerable y santa. Si en las sociedades católicas el pueblo obedece á la autoridad suprema, obedeciéndola, sólo obedece á Dios, que ha querido que esa autoridad le represente en el Estado, y que sea una cosa santa y augusta. *Omnis potestas a Deo.*

Ahora bien: dondequiera que el hombre sólo obedece á Dios, hay libertad: y dondequiera que obedece al hombre, hay servidumbre: por esta razón, no hay sociedad ninguna católica, cualquiera que sea la forma de su gobierno, en donde el hombre no sea hasta cierto punto libre; ni República ninguna de la antigüedad, en donde el hombre no fuera absolutamente esclavo.

De la afirmación del libre albedrío, brota espontáneamente la idea de la libertad del hombre: y cuando hablamos de la libertad del hombre, no hablamos sólo de aquella libertad par-

particular y contingente que suelen otorgar las constituciones políticas, sino también de aquella otra altísima, incondicional¹, universal, completa y absoluta, que reposa en el escondido santuario de la conciencia humana; que está allí, porque Dios la puso allí con su propia mano fuera del alcance de la tiranía, y lo que es más, fuera de su propio alcance. La doctrina católica, en este punto, es de una sublimidad que arredra, de una sublimidad que abruma la imaginación y humilla al entendimiento. Según la doctrina católica, Dios, á quien todas las cosas y todas las criaturas rinden culto y homenaje, respeta profundamente á su vez una sola cosa: la *libertad humana*. La Sagrada Escritura no nos permite dudar acerca de esto; en ella se lee que Dios mira la libertad del hombre *cum magna reverentia*. Hay más: Dios, que pone un límite á todas las fuerzas y á todas las potestades, ha puesto un límite también á su propia potestad y á su propia fuerza: ese límite es la *libertad humana*. Dios, que no encuentra obstáculos á su querer, encuentra uno invencible: la *libertad humana*. El Ser Supremo ha dividido con la *libertad* el imperio del mundo: al dar el ser á esa libertad el Rey de los Reyes la hizo Reina. Tan alta, tan augusta, tan inviolable es á los ojos del catolicismo la libertad del hombre.

Cuando llegó aquel día, grande entre todos los días, anunciado en el tiempo por la voz de los Profetas, en que el Salvador de los hombres vino al mundo, el mundo presenció el más sublime de todos los dramas, y el más grande de todos los espectáculos; el drama y el espectáculo de la Cruz, en el cual figuran dos actores: de una parte el mismo Dios, que quiere ser reconocido; y de otra, la libertad humana, que se niega á reconocerle, y que le lleva al Calvario: al Calvario, teatro misterioso de dos opuestas victorias: la de Dios en lo futuro, y la de la libertad en el presente: la de Dios en la eternidad, y

¹ No se tomen aquí á la letra esta y otras expresiones de Donoso tocantes á la humana libertad.—(NOTA DE LA PRESENTE EDICIÓN.)

la de la libertad en el tiempo. Dios murió allí por no hacer violencia á la libertad de los hombres.

*Venid á mí todos los que arrastráis cadenas; yo os haré libres*¹. Y como lo prometió, así lo hizo el que no prometió nada en vano. La mujer arrastraba las cadenas del marido, y la hizo libre: el hijo arrastraba las cadenas del padre, y le desató las cadenas: el hombre era esclavo del hombre, y dió la libertad á sus miembros: el ciudadano arrastraba las cadenas del Estado, y le sacó de prisiones. El catolicismo ha quebrantado en el mundo todas las servidumbres, y ha dado al mundo todas las libertades: la libertad doméstica, la libertad religiosa, la libertad política y la libertad humana.

A vista de esto, no podrá ya causar extrañeza la inconmensurable distancia que hay entre la tragedia antigua y el drama cristiano. En aquella, hasta el infortunio es un privilegio de los Reyes; en éste, el infortunio y la gloria son el patrimonio común de todos los hombres. En aquella, el hombre que quiere el bien, obra el mal, arrastrado por aquellos grandes vientos que vienen bramando de las regiones heladas del fatalismo: en éste, en presencia de Dios que quiere el bien, el hombre quiere el mal, y obra el mal, árbitro supremo de sí mismo: en aquella, no hay más sino fuerzas que vencen y debilidades que sucumben: en éste, pasiones que luchan: en aquella, catástrofes; en éste, virtudes y crímenes: en aquella, horror; en éste, lágrimas.

De la distinción é independencia recíprocas de la potestad civil y de la potestad religiosa, proclamadas por el catolicismo, ha venido á resultar la victoria definitiva de la libertad individual, y el definitivo quebrantamiento de la omnipotencia tiránica del Estado. Esta distinción, haciendo inevitable la lucha entre las fuerzas morales y las materiales de la humanidad, ha venido á hacer de todo punto imposible aquella servidumbre que resultaba, en lo antiguo, de la reunión de esas

¹ Traducción harto libre del texto de San Mateo: *Venite ad me omnes qui laborati et omerati estis: Ego reficiam vos*

El interventor de esa solución no es Pío IX, es Jesucristo. Pío IX viene, en los tiempos anunciados, para aplicarla en su nombre; en ese magnífico encargo consiste su grandeza, y en él se funda su gloria.

Ninguna de las ideas fundamentales y constitutivas de la civilización moderna ¹ tiene un origen filosófico: todas proceden de la Religión cristiana. El mundo, sin embargo, arrojado fuera de las vías de la verdad, ha rendido adoración y culto al plagio de la Filosofía. Pío IX trae el encargo de derrocar al idolo, y de mostrar su engaño á las gentes.

La idea de la fraternidad, escrita en la bandera de los demagogos, trae su origen de la idea de la unidad del género humano; idea que no es demagógica, sino idea genesiaca; idea que ha sido revelada al hombre por Dios, y que no ha sido inventada por el hombre.

La idea de la libertad se funda en la del libre albedrío; y el libre albedrío no es un descubrimiento de la Filosofía; es un hecho revelado por Dios al género humano.

La distinción entre la potestad civil y la religiosa, entre Dios y el César, entre el Pontífice y el Rey, era una verdad fecundísima, desconocida de las gentes hasta que se la reveló al mundo la Iglesia católica.

Si se nos preguntase cuál es el carácter distintivo de las sociedades que caen al otro lado de la Cruz y el de las sociedades modernas, no vacilaríamos en afirmar: que su distinción consiste en que las últimas están fundadas en tres verdades, y las primeras en tres negaciones. Las negaciones en que las sociedades antiguas se fundan, son las siguientes:

- 1.^a La negación de la unidad del género humano.
- 2.^a La negación del libre albedrío.
- 3.^a La negación de toda especie de distinción entre la potestad civil y la religiosa.

¹ Excusado es advertir que nuestro Donoso no entiende por civilización moderna el liberalismo y la Francmasonería, reprobados por la Iglesia, sino la civilización de los pueblos que caen del lado acá de la Cruz. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Las tres verdades que sirven de fundamento á las sociedades modernas, son las que siguen:

- 1.^a La unidad del género humano.
- 2.^a El libre albedrío del hombre.
- 3.^a La distinción é independencia recíproca de la potestad civil y de la potestad religiosa.

El conjunto de las consecuencias que proceden de estas verdades y de aquellas negaciones, constituyen todos los rasgos distintivos de las sociedades modernas y de las sociedades antiguas.

De la negación de la unidad del género humano procedió, entre los antiguos, la de la fraternidad de los hombres: de ésta, la de su igualdad ante los ojos de Dios y ante los ojos de los legisladores: y de todas ellas, la división de la sociedad en castas; división que fué el fundamento de las constituciones políticas del Oriente y de la división de los hombres en libres y esclavos; división que vemos establecida en todas partes, en el Oriente como en el Occidente, en el Septentrión como en el Mediodía; porque dimanaba de principios que eran comunes á la sazón á todas las gentes y naciones.

De la negación del libre albedrío de Dios y del hombre, procedió la de la libertad divina y humana; y de ambas, la concepción aterradora y fatalista de un Dios *destino*, anterior y superior á todos los hombres y á todas las divinidades, á quien obedecían en medio del temblor los Reyes y los pueblos, los dioses y los hombres, los cielos y la tierra: Dios inmóvil, silencioso, tremendo, que enviaba las furias á los palacios de los Príncipes para precipitarlos al abismo más hondo desde su escolio eminente, que condenaba á unos á ser adúlteros, á otros á ser incestuosos, á otros á ser fratricidas; que inspiraba en los Reyes pasiones infernales: en las familias de los Reyes odios inextinguibles, y en las mujeres de los Reyes amores corrosivos; Dios, que sólo pensaba en las razas reinantes, olvidado de las razas sirvientes, es decir, del género humano, "digno de elevarse hasta la grandeza del crimen,